

á la fé, tiene, como por una especie de iluminacion celestial, todo el conjunto de conocimientos que convienen á su noble profesion. No hay duda que se hallan maravillosamente purificadas y rectificadas sus facultades, y que hasta ha adquirido una especie de intuicion de cosas que no sabe, y en fin, que ha suplido la sumision al conocimiento de lo que ignora. Pero todo esto no es enteramente suficiente para ella misma, y la deja sin accion en un mundo desprovisto de esos elementos, y por el contrario, impregnado de elementos contrarios; en un mundo mas concedor de las cosas humanas que lo es esa alma de las cosas divinas, y que pesa sobre ella en la misma proporcion. Hay mas; esa alma impotente en lo exterior, ¿será bastante fuerte en lo interior? ¿No experimentará una presion que no pueda dominar? Hallándose su resistencia rigurosamente con respecto á su fé, sin provision alguna de inteligencia, ¿tendrá siempre la misma rigidez? ¿No cejará en el vacío y no transigirá entonces con las preocupaciones que la rodean? ¿No se la verá, tanto mas orgullosa cuanto esté menos ilustrada, levantar en su misma ignorancia un tribunal de censura en que rebaje las sublimes verdades á que no puede elevarse, y picándose tanto mas de religion, cuanto que la entiende á su manera, llevar á la defeccion el peso de una pretendida fidelidad? He aquí lo que es de temer y de conjurar: he aquí lo que hace, que segun la sinrazon de los incrédulos, haya un peligro no menos grande tal vez que nos amenaza: la ignorancia entre los creyentes.

Además de estas razones particulares que hay para cultivar el conocimiento de la religion, hay una mas general que no haremos sino recordar aquí, porque la desarrollamos en otra parte, y cuyo comentario constituyen nuestros *Estudios*; y es, que la fé es una semilla que no se nos ha arrojado á la tierra para que la dejemos estéril, sino para que la desarrollemos en todos sentidos, tanto en el sentido de la inteligencia como en el de la voluntad, puesto que debe ir á parar á la verdad, tanto como á la caridad, á Dios, que es á un tiempo mismo una y otra. Seria un sacrílego error ver en la fé el límite de la razon, pues antes bien es su *carrera*. No hay duda que es inmutable su objeto; pero lo que comprende y mide

todo desarrollo es la inmutabilidad de lo infinito, la inmutabilidad de Dios, de su palabra y de sus misterios. La religion es una ciencia, y la mas sublime al par que la mas proporcionada de todas á nuestras facultades, desde el catecismo en que eleva á los niños á una plenitud de verdad que escede á los filósofos, hasta los vastos tratados de teología, en que siempre tienen en que ejercitarse los genios mas grandes. ¡Y cómo habia de ser en el mundo una ciencia oculta ó reservada á un pequeño número de iniciados, una ciencia tan bella y á que todos somos finalmente llamados! Nó, ella debe ser patrimonio de todos, doctores y discípulos. En todos debe ir la fé en busca de la inteligencia, como de su fin; porque aquel á quien adoramos es la VERDAD, y nos ha llamado HIJOS DE LA LUZ.

El clero se ha inspirado maravillosamente con todas estas miras, sustituyendo al principio de este siglo, con un celo y una inteligencia jamás excesiva, los *Catecismos de Perseverancia*, en que las almas jóvenes, despues de los primeros elementos necesarios para la participacion de los santos misterios, hallan un curso completo de religion que acaba en ellas el edificio de la doctrina, y penetra á las familias cristianas con las luces de la fé (1). Pero además de que todos estos de quienes se posesiona la gracia de Dios en el curso de la vida (y su número es afortunadamente muy grande), no pueden acudir á estas lecciones, hay dos métodos de enseñanza de la religion, el método catequístico y el método filosófico. Este conviene mejor á las inteligencias que respiraron el aire del siglo, precisamente porque es *secular*, porque se amolda á las formas de su entendimiento y hace girar á la enseñanza de la fé las fuerzas racionales que le han sido hostiles por largo tiempo. Este es el mé-

(1) La institucion del *Catecismo de Perseverancia* se debe á la sábia y piadosa casa de San Sulpicio. Las catacumbas de la iglesia de San Sulpicio han sido su cuna; al principio fueron como un eco prolongado de las célebres conferencias que hizo resonar en aquellas naves Monseñor de Frayssinous. Allí ha sido donde ha hecho despues sus primeras armas lo mas eminente del clero, y donde ha preludiado esa enseñanza que brilló en tantos púlpitos y en tantas sedes.

todo que ha servido al establecimiento intelectual del Cristianismo en el mundo pagano, el método de los antiguos Padres filósofos que se hicieron cristianos, y de muchos que permanecieron seculares; San Justino, Taciano, Atenagoras, Arístides, Hermias, Minucio Félix, Arnobio, Lactancio y Tertuliano: método que ha venido á hacerse sobradamente de moda, por la recaída del mundo moderno en la ceguedad del mundo antiguo.

Por medio de este procedimiento, que ya empleamos nosotros para la apología exterior de la religion, hemos ensayado en estos *Nuevos Estudios* su apología interior, su esposicion doctrinal, evangélica, social, toda la economía, en una palabra, de su estructura y de su plan divino. Y si causara admiracion que esta vasta esposicion pudiera aliarse con un cuadro en apariencia tan pequeño como el de una tésis sobre la Virgen, esta admiracion acusaria una grande ignorancia de la religion, y justificaria esta nueva forma de su apología.

La Virgen María es el mas fuerte reverbero de Jesucristo y de su obra. Al primer choque en ella del cielo y de la tierra, se presenta la verdad divina en su ángulo mas ancho, como ya dijimos al principio, y como creemos haberlo demostrado ya. Volvemos, pues, á ver á la claridad de María en estos nuevos estudios, la generalidad del Cristianismo, que vimos ya al esplendor de Jesucristo en nuestros estudios primeros. Y así como el sol, al iluminar la tierra, nos quita con el deslumbramiento de su foco la vista del cielo, cuyo espectáculo estrellado solo aparece al resplandor de los astros que lo reflejan, así el cielo del Cristianismo, quiero decir, lo que hay en él de interior y profundo, la armonía de sus misterios, la economía de su doctrina, no se ostenta á nuestra vista y no se deja estudiar y contemplar sino á la mística luz de esta Virgen, *bella como la luna*, de que es el divino sol Jesucristo (1).

Esta general importancia de la Virgen María en la religion se manifiesta, por otra parte, en nuestros dias, por medio de

(1) El sentimiento de esta verdad ha puesto en la composicion de las Letanias del Santo Nombre de Jesus, despues esta invocacion: *Jesu Sol justicia*: esta otra, *Jesu Fili Mariæ Virginis*.

la profunda separacion que establece su culto entre los católicos y los protestantes, ó racionalistas, cualesquiera que sean. Jamás se ha verificado mejor el oráculo de Simeon asociándose á María para este destino del Redentor, de *ser puesto para la ruina y la resurreccion de un gran número y para ser blanco de contradiccion, á fin de que se manifestaran las secretas disposiciones de los corazones* (1). La Virgen María es hoy la gran prueba. No se admite indiferencia respecto á ella, y el partido que se toma influye en toda la fé. Vemos diariamente almas cuya infidelidad inculpa con irritacion á la doctrina de la Iglesia sobre la Santísima Virgen su alejamiento de la religion, así como vemos otras que vuelven á la fé mas ferviente, desde los extremos mas remotos del error, en el momento que se adhieren á esta doctrina, cuya virtud experimentan. Por ella se entra, por ella se sale. Ella es la Puerta: *Janua caeli*. Hay, pues, bajo todos los puntos de vista, un grande interés de generalidad y de actualidad en semejante asunto: es tal vez arriesgado tratarlo, pero al menos no hay equivocacion en hacerlo.

Tales son las esplicaciones que debíamos al público, antes de despedirnos aquí de él, despues de tan larga y grata comunicacion. El mismo las ha prevenido ya con su favor. El mismo atractivo y las mismas miras que nos han inspirado, han hecho que nos siguieran numerosos lectores, cuyos frecuentes recuerdos no han cesado de animarnos en nuestro trabajo. En el momento en que aparece esta última parte, llega á su quinta edicion la primera. ¡Tanto gusto hay, y gusto ascendente por las Letras cristianas! ¡Tantos gérmenes de porvenir hay en el fondo de esta sociedad superficialmente tan profana! Es verdad que es aplicable á nuestro siglo la queja que espusimos al principio, de nuestro antecesor del siglo XVII, y que nos parecemos á él en este punto; pero con la gran diferencia de que en el siglo XVII se descendía de las alturas de la fé, y en el XIX vuelve á subirse á ellas. Subida penosa, como toda subida, mas para la que hay una fuerza de impulsión tan libre de instrumentos, y no obstante, tan sensible por sus efectos, tan

(1) Luc., II, 34, 35.

manifiesta, en razon de los mismos obstáculos á través de los cuales se verifica, que revela la mano de Dios.

Un solo instrumento se admite visiblemente al honor de cooperar con esta mano soberana á esta gran renovacion: y es esta Virgen en quien *el Todopoderoso desplegó la fuerza de su brazo*, y por quien hizo siempre *grandes cosas* (1). Su influencia se manifiesta por do quiera en nuestros dias; y este es un carácter religioso tan perceptible, que el observador mas indiferente lo apercibe, y lo proclaman tanto la hostilidad como el fervor. La edad que comienza tomará su nombre, llamándose el *Siglo de María*. Porque, así como el culto de la Virgen contribuye poderosamente en nuestros dias al renacimiento de la fé, recibe de esta tambien una nueva consagracion, participando de toda su importancia. Lo que es indudable y nadie puede negar, porque tienen vastas proporciones los hechos que lo atestiguan es, que este movimiento religioso que se acrece á nuestra vista, que transforma ó conmueve todo cuanto encuentra, y que hace que sea nuestra época la mas prodigiosa tal vez de los tiempos modernos, despues del nacimiento del Cristianismo de que es la resurreccion, se reviste con este carácter de piedad hácia María, y recibe de ella sus mas puras, así como sus mas eficaces inspiraciones.

Todos los acontecimientos vienen á pagar tributo á esta verdad, y el mayor de todos, la gloria de nuestras armas. La historia, que tiene tantas lecciones que recoger en lo que vemos, no se admirará suficientemente de este espectáculo confortador de doscientos mil hombres, salidos de las entrañas de la Francia, y desplegando todos los géneros de heroísmo que hasta entonces parecian escluirse ó ser solo tributo de algunos pocos caracteres, cuya escepcion atestigua la gloria clásica; la mas esquisita delicadeza de costumbres en los mas violentos trabajos de la guerra; el desprecio de la muerte y el respeto de la vida; todo el arrojo del soldado en el capitán y la estrategia del capitán en el soldado; la energía del sacrificio, el entusiasmo del deber, el indomable, el irresistible poder de la voluntad, sosteniendo todos los choques ó removien-

(1) Luc., I, 49.

do todos los obstáculos, sin dejar nunca de dominarse; el amor del enemigo, vencido con la generosidad despues de haberlo sido con las armas, y confundido con el vencedor en los abrazos de una misma caridad; la resignacion mas magnánima en la lenta oscuridad de una muerte dolorosa, en que todas las virtudes del cristiano van á coronar la del héroe; finalmente, la modestia en el triunfo, y las humildes virtudes de la paz sucediendo sin esfuerzo á todas estas maravillas. He aquí lo que se ha visto, no en un caballero, sino en un ejército. Méritos tan grandes que han oscurecido hasta la misma victoria, y de que viene á ser esta la consecuencia y el ornamento. Pues bien; lo que debe decirse, lo que nos incumbe publicar, es que este ejército de valientes, este ejército *fulminante*, admiracion y terror del mundo, era un ejército de *Cruzados de la Virgen*; es que ella reclamaba y revestia por do quiera sus insignias, como la armadura de su valor. De todas las *medallas* que llevaban estos valientes, la de la Virgen era la que llevaban mas cerca del corazón. Digamos, pues, de nuestros contemporáneos y de nuestros hijos, lo que decia Erycio de nuestros antecesores: «En cuanto á mí, abrazo altamente un culto por el que estos héroes eminentes en virtud, que hacen profesion de venerar á Dios y á la Virgen Madre de Dios, merecerán en nuestra época mayores alabanzas. Me tengo por feliz en preconizar estos piadosos misterios, que la humilde creencia ha hecho tan grandes.»

Estos generosos recuerdos son oportunos en la situacion en que aparece esta obra; cuando *aquel cuya cabeza quebrantara la Virgen, se revuelve insidiosamente contra su calcañar, y vomita contra su semilla el negro veneno de sus enemistades* (1). En este gran combate en que tenemos á nuestro favor cuatro mil años de promesa y dos mil de victoria, no debemos abrigar temores, sin duda alguna, pero no debemos descuidarnos; porque si está escrito que ganaremos la batalla, no se ha dicho que no hayamos de perder soldados. Es una prueba en que la salvacion y la dignidad de cada uno de nosotros no dependen solamente de virtudes privadas, sino que imponen de-

(1) Génesis, cap. III, v. 15.

beres públicos. El asunto de esta publicacion reclamaba mas particularmente de nosotros esta espresion de nuestra fidelidad y de nuestro celo. La Virgen María *viviendo* en la Iglesia se ofende de todo atentado contra la Iglesia, y confunde siempre y por do quiera á sus enemigos. ¡Ojalá que estas páginas que le hemos consagrado en la tranquilidad del retiro, sean para muchos un bálsamo y un cordial en sus costumbres! ¡Ojalá que haciendo conocer y amar mejor á Jesucristo por LA que nos le dió, acrecienten el reino de Dios que vino á fundar en la tierra y contra el cual no prevalecerá jamás el infierno!

París, febrero de 1860.

A. N.

LA

VIRGEN MARIA

VIVIENDO EN LA IGLESIA.

PRÓLOGO.

ESPOSICION GENERAL DE ESTA TERCERA PARTE, EN SU RELACION CON LAS DOS PRECEDENTES.

Hemos retrocedido por algun tiempo, lo confesaremos, ante la riqueza y las dificultades de esta tercera parte de la gran tarea que tomó á su cargo nuestra debilidad. Así como un solo segador que no tuviera mas que su brazo para cortar y atar hazes inmensos, hemos sentido desmayar nuestro ánimo; despues, armándonos con una resolucion proporcionada á la obra, hemos concebido un plan de investigaciones y de estudios preparatorios que hubiera retrasado indefinidamente su ejecucion, y la hubiera tal vez hecho fracasar por demasiado celo.

Fácil será de concebir estas vacilaciones y estas perplejidades, si se mide con el pensamiento toda la estension, toda la plenitud de la materia que indica solo este título: *La Virgen María viviendo en la Iglesia*. Preguntar al siglo XIX; preguntar al universo cristiano todo lo que han hecho por la gloria de María, y todo lo que ha hecho María para su felicidad; determinar las leyes constitutivas del culto de honor, de imitacion y de invocacion de que es objeto en el mundo; desarrollar el ciclo litúrgico de este culto, en su relacion con el de

Jesucristo, sus ritos, sus festividades, sus himnos, sus oraciones, sus prácticas, y todas las formas sagradas de que se reviste; trazar su historia, evocar su antigüedad desconocida, describir sus fases, referir sus triunfos sobre las heregías, y sus desarrollos en las edades de fé; revindicar, en fin, todo lo que pertenece á la influencia de María en la formación de las costumbres modernas, en el estado y la acción de la mujer, en el espíritu de la familia, en las relaciones sociales, en el carácter de las instituciones, en la fecundidad de la ciencia, en las inspiraciones del arte, en las santas conversiones de los pecadores y preservación de los inocentes, en el soplo y la vida del mundo y la elevación del nivel moral de la humanidad; hacer, en una palabra, la *Suma de María*, ¡qué empresa! ¿y no es simplemente imposible, como sería la de contar las hojas que hace brotar cada primavera en las ramas de las selvas, ó las olas que hace llegar cada volada de aire á las playas del Océano?

Seguramente, si no se tratara mas que de probar nuestra tesis, lo sería superabundantemente por la misma imposibilidad de agotar la riqueza de medios para demostrarla.

¿Qué nos hemos propuesto, en efecto, en este gran trabajo? Tres cosas que irán probándose y justificándose unas á otras cada vez mas.

En primer lugar, hemos espuesto la importancia dogmática de María en el plan divino, y cómo tiene derecho á todos nuestros homenajes y á toda nuestra confianza, por ser la criatura en que Dios coronó todas sus obras, uniéndoselas, por ser la cooperadora de este maravilloso designio de gracia y de gloria, visiblemente predestinada para hacer que nazca Jesucristo á nuestra vida, y para hacernos renacer á nosotros á la vida de Jesucristo; para ser nuestra Madre segun el espíritu, siendo Madre suya segun la carne; para ser la nueva Eva como él es el nuevo Adán. ¡Glorioso ministerio, que la ha ofrecido á nuestros ojos revestida toda de la divinidad de este Hijo de Dios á quien ella revistió de nuestra humanidad, y presentando en su apogeo, en su mayor brillo, el destino de todos los escogidos, de todos los santos de que ella es la Reina.

Mas por justificado que fuese este plan por su propia belleza y por la conformidad de los Padres y de los Doctores, en ce-

lebrarlo con sus mas elocuentes voces, no era mas que un plan, un ideal, divino sin duda, suponiendo necesariamente una existencia en Dios y una ejecución en el mundo, por sola la cual hemos podido conocerlo, pero cuyo sugeto, la Virgen María, tenia aun que aparecer en la realidad, en la personalidad terrena é histórica de su existencia. ¡Qué prueba para una concepción tan sublime, la de haber un sugeto que pudiera soportar su magestad, una mujer entre todas las mujeres que se hallara á la altura de este destino abrumador de *Madre de Dios*, de Madre de la humanidad regenerada, y qué escollo parecia que debía confundir mas derisoriamente nuestra doctrina, que la enorme desproporción de tanta grandeza, de tanta gloria, con la bajeza y la nada de esta pobre jóven de Nazareth, llamada *María*, de la que nació Jesus, con su oscuridad y su eclipse, no digo solamente en el mundo y por los hombres, sino en el Evangelio y por su Hijo!

Entonces ha sido cuando hemos emprendido manifestar el triunfo de nuestra doctrina en este escollo; quiero decir, en esta bajeza y esta nada, en esta oscuridad y este eclipse de María. ¿Y qué hemos tenido que hacer para esto, mas que recordar al lector, doblemente admirado de saberlo y de haberlo olvidado, el espíritu del Evangelio, el espíritu de la regeneración cristiana; mas que decirle, lo que es por sí evidente, que estando fundado el Cristianismo en el anonadamiento de un Dios, debía nacer este Dios de un seno oscuro, y que debiendo operarse la asunción de la naturaleza humana, tanto en los miembros como en la cabeza, por este mismo proceder de anonadamiento, era ya para María un título escepcional á la gloria de Madre de Dios, el ser la mas humilde de las criaturas, entendiéndose por esto, no solamente humilde por condición y por necesidad, sino por inclinación y por voluntad, hasta atraerse esta gloria á fuerza de sustraerse á ella? Despues de recibida esta gloria, ¡qué admirable conformidad de María con su destino no revela la humildad tan profunda en que se mantuvo siguiendo á su Hijo! ¡Cómo se manifiesta digna Madre de un Dios humillado, en este silencio y esta oscuridad en que se nos aparece en el Evangelio! ¡Cuán á la altura de su gloria se coloca por la misma profundidad de su oscurecimiento! Ma-